

Por consiguiente, ningún cambio hizo en Alejandría, contentándose con establecer una municipalidad, nombrar recaudadores de los impuestos y poner la ciudad en actitud de defensa; hecho lo cual salió para el Cairo. Atravesando los vencedores de Italia un dilatadísimo desierto de arena movediza, bajo un cielo ardiente, sin agua, sin sombra, sin verdor, murmuraban, y apenas bastaba la confianza que tenían en su general para sufrir todo, á pesar de que aquellos trabajos eran tan inusitados para ellos. Murad-Bey había reunido á los mamelucos delante de la inmensa ciudad; pero éstos, si bien resueltos en el combate, no tenían bastante valor para resistir el fuego sostenido de aquellos veteranos, á quienes infundía valor la presencia de un general en quien confiaban. "Desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os contemplan," les dijo Bonaparte (22 de Julio de 1798), y sus soldados no desmintieron la esperanza que había fundado en ellos, no dejando á los mamelucos ya derrotados mas venganza que la de quemar lo que tenían de mas precioso. Pero á pesar de esto quedó bastante para enriquecer á los guerreros de Bonaparte, los cuales en el Cairo encontraron toda especie de comodidades y deleites, además de caballos árabes y camellos; los franceses en aquella circunstancia asistieron á las fiestas musulmanas, en que su general recitaba las oraciones mahometanas, edificando á los naturales con su devoción.

Con los sabios que había llevado consigo á aquellas regiones, bajo la presidencia de Monge, formó el instituto de Egipto, cuyo particular encargo era el de describir el país investigar sus antiguos misterios y proponer lo que conviniere á su prosperidad. El ingeniero Peyre, el general Andreossi, Lefevre y Malus, examinaron los lagos y los canales; Arnolet y Champy, los minerales de las riberas del golfo Arabigo; Delisle las plantas del Delta; Savigny los insectos del desierto; Regnault analizó el agua del Nilo; Berthollet el aire del Cairo; Costaz las arenas del desierto; Nouet y Mechain determinaron las latitudes; Denon dibujó los monumentos del alto Egipto; y fué entonces, finalmente, cuando se descubrieron la inscripción de Rosetta y los zodiacos de Denderah y Esná, fuentes mas adelante de tantas discusiones eruditas y filosóficas.

Quedaba por conquistar aun el Alto Egipto, de entablar un tratado de paz con la Puerta, que á la sazón instigada por los ingleses, declaró la guerra á Francia y se armó para reconquistar el Egipto. La acogida que se hizo en Nápoles á la escuadra de

y convierte en enemigos á pueblos que por nuestro interés debemos tener por amigos.

La primera ciudad que vamos á encontrar ha sido edificada por Alejandro: hallaremos á cada paso grandes recuerdos dignos de excitar la envidia de los franceses.

Nelson, á pesar de los tratados que mediaban, entre aquella corte y la república francesa fué un verdadero triunfo; creyóse á Bonaparte irremisiblemente perdido; y por lo tanto tomaron nuevo aliento con la esperanza de vencer los rencores inexorables de los príncipes europeos y principalmente de los de Italia.

Pero la fortuna no quiso siempre mostrarse con cara risueña al que tanto confiaba en sus favores. No habiendo podido la escuadra francesa entrar en el puerto de Alejandría, y habiéndose visto obligada á anclar en donde estaba casi encallada, fué alcanzada por Nelson, que la atacó (1.º de Agosto de 1798); Brueys pereció en el combate; el navío *Oriente* fué incendiado y la escuadra francesa completamente destruida; golpe fatal é irremediable que dejaba al ejército de Egipto sin comunicaciones, sin apoyo y sin esperanza.

LOS JACOBINOS EN NAPOLES Y EN EL PIEMONTE.—SEGUNDA COALICION.

Muerta Catalina II, que por el trascurso de treinta y cuatro años estuvo dirigiendo á su antojo y como mejor le conviniera los destinos del Norte, su sucesor, Pablo Petrowich, (16 de Noviembre de 1796), quiso que las exequias de aquella czarina fuesen una especie de reparacion á las de Pedro III (1), he-

(1) Catalina de Rusia, no contenta con haber satisfecho su ambicion, sentándose bajo el regimiento de Pedro III, su consorte, cuya muerte fué de las mas crueles y alevosas, quiso tambien que sus exequias se celebrasen sin pompa ninguna, lo que indignó aun mas á todos los rusos. Con ese motivo nosotros vamos á trascribir por vía de curiosidad los funerales de Pedro III, de cuya muerte habla César Cantú en el texto, segun nos las dejó consignadas en sus páginas un autor que presencié aquel triste espectáculo.

"Es de conocer que aquel monarca no fué colocado despues de su muerte en un pomposo féretro, ni su cadáver rodeado de hachas encendidas, ni se encargaron artistas para adornar alguna capilla. Su féretro fué el mismo lugar que sirvió de teatro á algunos de sus súbditos, que llevaron su perfidia hasta el extremo; su capilla fué el mismo aposento donde sufrió una muerte de las mas atroces, y sus exequias fueron acompañadas de ultrajes. Un oficial subalterno, que hubiese merecido espirar en el suplicio mas infamante, si hubiese logrado finalmente por favor especial de su monarca ser enterrado decorosamente, no habria sido tratado, por cierto, de un modo tan abyecto como lo fué el nieto de *Pedro el Grande* y el heredero único y legítimo de la corona. Todo su atavío se reducía á un sencillo uniforme del regimiento *Holstein*, y en vez de sus condecoraciones, no se veian mas que cuatro bujías á su alrededor.

"Los extranjeros residentes en la ciudad, fueron convidados para ver al muerto monarca, ó co-

cho asesinar por ella. Así es, pues, que habiéndolo sacado de la tumba le hizo pomposos funerales, depositándolo al lado de Catalina y ordenando que asistiera á la pompa Orlof, uno de sus asesinos. El obstáculo que habían encontrado siempre sus deseos en las voluntades de una madre que no lo amaba, habían inspirado á Pablo mucho anhelo de ejercer una autoridad sin límites, lo cual le llevó á una exageracion que rayaba en estravagancia. La omision de las formalidades mas insignificantes era considerada en su época como delito y castigada severísimamente. Vedó el uso de los sombreros redondos y de los pantalones; ordenó que sobre las puertas de las tiendas no se pusiese la palabra *almacen*, porque estaba reservada para los edificios que contenian las provisiones de la casa imperial, y prohibió últimamente, la circulacion de las *Advertencias del pueblo* publicadas por Tissot, diciendo, que el pueblo no necesitaba advertencias: semejantes puerilidades provocarían tan solo á risa si no acarreasen siempre consigo el palo, el verdugo y la Siberia.

Receloso de los franceses y de todas sus producciones, dió refugio y pensiones á todos los emigrados; pero ordenó que fuesen á oír misa de dos en dos, que comulgasen por Pascua, y que los sacerdotes no los absolvieran sino en estado de gracia. Sin embargo, en vez de pensar en castigar á los que podrían ocasionarle disgustos, prefirió el uso de los premios al del castigo. Proveyó á las necesidades de la capital con respecto á los granos, y abolió el ukase que imponía el servicio militar á un hombre por cada ciento; puso en libertad á catorce mil polacos que Catalina había desterrado á las provincias asiáticas; devolvió á la órden de San Juan de Jerusalem los bienes que se le habían secuestrado, y reformó el ejército, quitando un crecido número de abusos, entre los cuales no era el menor el que cometían muchísimos oficiales de ocupar sus soldados en el servicio doméstico.

mo decían todos, á sus traidores y asesinos. Despues de habérsele dejado de cuerpo presente por algunos dias en una situacion tan infame, y haber servido de testimonio al mundo entero de la *barbarie rusa*, cuatro criados de la corte, á la presencia de un reducido número de señores del imperio, lo trasladaron al régio sepulcro y lo colocaron entre la princesa Ana y la pequeña princesa su hija.

"Tal vez en los países extranjeros no se dará crédito á semejante hecho, porque parece imposible que en Rusia se cometan acciones tan infames."

Histoire et anecdotes de la vie, du regne, du ditronement etc., de la mort de Pierre III, dernier empereur de toutes les Russies, etc., etc., etc. Ecrites en forme de lettres, publiées par Mr. de la Marche. A Londres, Aux dépens de la Compagnie. MDCCCLXVI.

[Nota del traductor.]

Catalina había contraído la obligacion de dar á Austria sesenta y cinco mil hombres; pero existiendo tratados pendientes entre aquella potencia y Francia, Pablo quiso mantenerse á la expectativa, hasta que últimamente las cortes de Lóndres y Viena se manejaran de modo que le hicieran reunir á la neutralidad. Declarado protector de la órden de Malta creyó poder llegar á ser jefe de la amenazada aristocracia europea; tomó á sueldo el cuerpo de emigrados de Condé y concibió el plan de restablecer en Europa el antiguo órden de cosas. Pero el imperio germánico estaba sacudido hasta en sus cimientos, y si los despojados anhelaban la guerra los demas se amedrentaban de ella, porque conocian que no podían fiarse del Austria. Esta deseaba sobre manera renovar el combate y depositaba todas sus esperanzas en los tratados que se estaban celebrando en Rastadt; mientras por otra parte no dejaba de sondear las disposiciones de las demas potencias. En esta circunstancia Berlin llegó á ser el centro de las intrigas. La Prusia sin embargo, obraba con mucha circunspeccion, porque temia que el contagio revolucionario se dilatase desde Holanda y Francia hasta sus estados.

En los países conquistados los franceses habían prodigado mas promesas que hechos generosos; así que el gobernar aquellos países era tarea muy escabrosa despues de haber proclamado las ideas de libertad y de igualdad que la masa del pueblo había tomado en el sentido mas amplio y material. En la península itálica el desórden era incalculable, pues que muchísimos se creían con derecho para mandar y ninguno se creía en la obligacion de obedecer. Los pueblos se manifestaban muy descontentos de sus gobiernos municipales, y éstos lo estaban de los ejércitos y de los embajadores franceses. Los monarcas modelándose con las repúblicas, que cometían robos á cada paso, levantaban empréstitos forzosos, mientras por otra parte los republicanos ponían todos los medios que estaban á su alcance para conmo- ver los países que yacían todavía en estado de servidumbre.

En la Cisalpina había sucedido á Berthier en el mando militar el general Brune, y el ejército secundaba las exageraciones de los jacobinos que predominaban en los consejos y en las legiones lombardas mandadas por Lahoz.

Los oficiales trataban brutalmente, y como suele decirse, á baqueta, á los pueblos de los países italianos que creían haber conquistado, vejándolos é imponiéndoles contribuciones sin alegar motivo alguno. Estipulábase condiciones muy escandalosas en los contratos que se hacían con los comisarios de guerra: la sociedad de los contratistas de provisiones retribuía con el cuatro por ciento al estado mayor; y en las listas militares aparecía doble número de soldados existentes: todo lo cual gravitaba sobre el pueblo.

La division del país en departamentos muy reducidos multiplicaba los empleados y los gastos; el número de representantes era interminable é indecible la voracidad codiciosa de los depredadores. Francia estrechó su alianza con la republica cisalpina, y se obligó á mantener en ella un cuerpo de defensa, mientras por otra parte ésta se obligó á pagarle diez y ocho millones de francos al año. Si se reclamaban contra exigencias tan exorbitantes, se decia que habiendo creado Francia la república cisalpina podia tambien destruirla y que no se otorgaba libertad á los italianos tan solo por obsequiarlos. Pero habiendo tomado incremento en aquella república el amor á la independencia, se clamaba en alta voz contra los agravios inferidos por Francia y se murmuraba públicamente de una alianza tan perjudicial, por lo que el gobierno francés convino en modificar la constitucion en sentido aristocrático; esta medida fué apoyada por los italianos ambiciosos ó vengativos.

El director Barras participaba de las ganancias clandestinas de los comisarios de guerra y daba oídos é inspiraciones á todos los exaltados; pero los demas directores eran hombres probos. Reveillére hizo decretar que pasara á Milan un embajador de Francia para modificar la constitucion. Fué enviado al efecto Trouvé, joven dotado de ingenio y muy entusiasta; pero los patriotas, echando de ver que serian separados de sus destinos si se disminuyese su número, clamaron en alta voz y se apoyaron en la proteccion de los públicos funcionarios, que entonces se convirtieron en partido de oposicion contra el embajador y los moderados. Sin embargo, Trouvé desplegando toda la fuerza de su autoridad (30 de Agosto de 1798), dominó á los descontentos y dió una nueva constitucion, en la cual quedó reducido á la mitad el número de individuos de los consejos, se designaron los que habian de permanecer en sus cargos, y finalmente, se organizó el sistema de impuestos. Sin embargo, Fouché, patriota turbulento y cómplice de Barras que lo reemplazó, lo trastornó todo, dejando á Brune en plena libertad de hacer lo que mejor se le antojara, acudiendo tambien si queria á la fuerza de las bayonetas, por lo cual el Directorio lo destituyó, mandando en su lugar á Joubert que restableció las órdenes de Trouvé. Estos cambios ocasionaban cada vez mayores disgustos, y hacian mas patente nuestra esclavitud; así es, que indignados muchos formaron un partido que pretendia la emancipacion nacional sin auxilio extraño; y Pino Lahoz, Tenlié Birago y otros fundaron la sociedad de los Rayos, que aspiraba á la independencia, y cuyo centro era Bolonia.

En Roma la constitucion tomó formas mas regulares, y los nombres de cónsules, senado, tribunos, regalaban los oídos con los recuerdos inmortales de un tiempo que pasó. Pero el pueblo no sabia acomodarse al nuevo

régimen de cosas; los empleados, querian tener sus vacaciones como en lo antiguo; se apreciaban los empleos pero no agradaban las pesadas obligaciones que iban unidas á ellos, las rentas públicas bien administradas no daban ya lugar á depravaciones, y la insolencia militar tenia su freno en un consejo cuya autoridad no agradaba á los cuerpos del estado mayor.

Los descontentos encontraban apoyo tambien en el Directorio, y con especialidad en Luciano Bonaparte que hacia toda especie de esfuerzos para que se reconociera cada dia mas, que su hermano era un héroe necesario á la república; pero esto mismo ocasionaba disensiones prontas á estallar en los primeros desastres.

En efecto los enemigos de Francia se armaban por do quiera, y la diplomacia inglesa, con prodigiosa habilidad, formaba una coaliccion muy extraordinaria entre Inglaterra, Rusia y Nápoles. Fernando, monarca de este país, hacia ya cuatro años que perjudicaba en gran manera los intereses con mantener un ejército inútil de sesenta mil hombres, multiplicando las gabelas para sostenerlo, creando con profusion papel moneda, privando de hombres y animales á la agricultura para hacerles morir de tedio y de enfermedades. Elevaba tambien amargos lamentos por la ocupacion de Malta y la invasion de Roma, pretendiendo restablecer por sí solo en esta última el antiguo régimen de cosas. Habiendo visto en esta circunstancia el marqués del Gallo la larga lista de proscritos del monarca napolitano, le dijo: *Haced que emprendan un viaje á Francia, y si van jacobinos, no dejarán de volver realistas.* Pero Fernando se inclinaba á los consejos crueles de Nelson, á quien detenian en Nápoles los atractivos de lady Emma Leona, que habia descollado entre las prostitutas en Inglaterra por sus encantos y su hermosura, y servido de modelo á los pintores antes de enlazarse en matrimonio con el embajador Hamilton, el cual, lejos de desaprobare la desordenada conducta de su esposa, se mostró marido conivente y algo mas. Fernando de Nápoles solicitaba tambien del Piamonte y de la Toscana que se le unieran para abatir el poder de Francia. El príncipe de Belmonte Pignatelli su general, dirigió una carta á Priocca, ministro del rey de Piamonte, preguntándole por qué tardaba su monarca en romper unos pactos que le habian sido impuestos por la fuerza, y le escribia: "¿Puede acaso calificarse de asesinato el esterminio de nuestros tiranos? Los franceses están esparcidos por el país y lo recorren sin recelo. Escitad los furios del pueblo, y haced que cada piamontés se prepare para acabar con un enemigo de su patria. Estas muertes parciales valdrán mas que muchas batallas ganadas; y la justa posteridad no podrá dar el nombre de asesinatos á los actos vigorosos de un pueblo que marcha sobre los cadáveres

res de sus opresores para reconquistar la libertad."

Esta carta (si tal vez no fué fingida adrede) dícese que cayó en manos de los franceses; y publicada, sirvió de pretexto al Directorio para ocupar la ciudadela de Turin [Noviembre de 1798]; mientras que por otra parte los patriotas ponian en juego todos los medios que estaban á su alcance para insurreccionar el país. Entretanto Austria aseguraba que iba á ponerse en marcha con sesenta mil hombres y con los rusos á su retaguardia. Nápoles se proponia presentarse en campaña con cuarenta mil, y los ingleses prometian suministrar dinero y armas, no dejando al mismo tiempo de infestar las costas del Mediterráneo; la corte de Nápoles reunió a toda prisa sesenta y cinco mil hombres, pero se encontró en el duro trance de deber buscar un general extranjero y éste fué el austriaco Mack, el cual dispuso, que las tropas se pusiesen en marcha dividiéndose en tres cuerpos, uno destinado á cortar la retirada á los franceses hacia la Cisalpina por Ancona, otro que debia proteger la Toscana, cuyo puerto de Liorna iba á ser ocupado por la escuadra inglesa y portuguesa, y otro que con Fernando esperaba entrar triunfante en Roma. El ejército francés de Roma, capitaneado por Championnet, vivia recorriendo el país, así que los napolitanos habian podido sorprenderlo y sacar al Austria de su perjudicial irresolucion. En efecto, si Mack se hubiese adelantado colocándose entre la izquierda de los franceses y venciéndolos separadamente, habria sujetado la mitad de Italia. Pero en vez de seguir este plan, se adhirió al método antiguo; distribuyó sus cuerpos en columnas y entró en Roma [29 de Noviembre de 1798]. Entonces el rey de Nápoles, que triunfaba sin haberlo merecido, restableció en su silla al pontífice; pero los soldados y la chusma, abusando de la victoria se dieron al saqueo, ahogaron en el Tiber á un crecido número de israelitas, y acabaron de despojar las habitaciones del Vaticano, apoderándose de todas las preciosidades que quedaban, si es creible que se hubiesen escapado algunas de la rapacidad del Directorio. Pignatelli en aquella circunstancia publicó en una proclama que los napolitanos habian sido los primeros en hacer sonar la hora fatal para los franceses, y que desde lo alto del Capitolio avisaban á la Europa que los monarcas se habian despertado de su letargo: "¿Piamonteses, añadía, romped vuestras cadenas, oprimid á vuestros opresores!" Se participó finalmente á la guarnicion francesa del castillo de Saint Angelo, que por cada disparo de cañon que hiciese seria entregado al furor del pueblo uno de sus compatriotas heridos.

Championnet se retiró concentrando sus fuerzas, pero volviendo á recobrar el terreno perdido entró en Roma de donde Fernando IV huyó disfrazado [1]. (Diciembre de

1798). Fué entonces cuando aquel general francés, pensó en sacar partido de sus triunfos atacando al reino de Nápoles.

Tiene éste una frontera excelente por todos estilos, á la izquierda se apoya en Terracina sobre el Mediterráneo á dos jornadas de Roma, en el centro pasa entre Rieti y Civita Cucale á cinco leguas de Terni, y á la derecha se dirige hacia el Adriático: línea de cincuenta leguas que no puede rodearse por que termina en el mar. Si el enemigo se dirige sobre Terracina y Roma, los napolitanos pueden acometerlo por la espalda, saliendo por Rieti y Terni y ocupando los caminos que conducen á Foligno; si pasa por el centro ó la derecha se empeña en montañas y desfiladeros dificiles, y si deja descubiertas las orillas del Tronto y del Adriático, pueden los napolitanos en dos dias ponerse en Ancona. ¿Por qué, pues, posiciones tan excelentes fueron siempre inútiles ó ganadas por el enemigo? Pero Mack no supo aprovecharse de tantas ventajas, y volviendo cobardemente las espaldas al enemigo, no se detuvo hasta llegar á Capua y á la línea del Bolturno. El pueblo napolitano encendido en ira pedia ser armado y habiéndolo conseguido, se apoderó de la ciudad clamando en alta voz que se le habia engañado, por lo cual el monarca, su esposa y Acton, llevando consigo veinte millones y las joyas (1) de la corona salieron para Sicilia, embarcándose en la escuadra de Nelson sin dar disposicion ninguna, dejándolo todo á merced del populacho codicioso y de los ciudadanos llenos de cólera, y haciendo quemar los buques de su propia escuadra como si temiesen que el pueblo les abochornara empuñando por sí solo aquella defensa de

el duro aprieto de deber salir de Roma, presencié un espectáculo cerca de una legua antes de llegar á las fronteras de su reino, que le obligó á prorumpir en una gran carcajada, á pesar de que su estado era muy triste. Habiendo visto aquel monarca desde lejos á dos hombres que daban de espuelas á dos borriquillos que les servian de cabalgadura, dijo á su gentil-hombre de compañía: "Tengo mucha curiosidad de conocer á esos dos individuos que van por el campo en dos burros, y que parecen ansiosos de adelantar en su camino." Pero mientras así hablaba, su coche habia alcanzado ya á nuestros caballeros, los cuales al ver á S. M. se apearon á toda prisa y sea arrodillaron con los ojos empapados en lágrimas, cuando el monarca mirádoles atentamente, y descubriendo en ellos á dos de sus generales, prorumpió en risas, y les dijo: "¡Hola! Si yo tuviese muchos soldados tan valerosos como vosotros, podria desde luego emprender la conquista del mundo.

(Nota del traductor.)

(1) Segun la correspondencia de Nelson solo las joyas que la reina confió á lady Hamilton ó Emma Leona valian mas de dos millones y medio de libras esterlinas (docientos cincuenta millones de reales).

(1) Fernando VI de Nápoles se encontró en